

Unidad 13

- Los Indios americanos: Sus culturas y su actitud frente a los conquistadores.

1. Los indios americanos: Sus culturas y su actitud frente a los conquistadores blancos

La situación geográfica y la conformación del área del continente americano han determinado decisivamente el desarrollo de los pueblos y culturas en esa parte del mundo¹. América se extiende, en dirección norte-sur, desde el grado 72 de latitud norte hasta el grado 56 de latitud sur y es, con aproximadamente 14.000 kilómetros de longitud, el más largo de los continentes, mientras que su mayor anchura oscila entre 4.000 y 5.000 kilómetros y su lugar más angosto, el istmo de Panamá, alcanza apenas a 46 kilómetros. Los territorios que originaron las grandes culturas indias y que los españoles y portugueses conquistaron y colonizaron preferentemente ocupan la parte media de esta faja de tierra orientada de norte a sur, las regiones entre los trópicos de Cáncer y Capricornio. Caen, pues, dentro de la zona tropical. La cordillera de los Andes, empero, que se extiende a lo largo de la costa occidental americana y se eleva por encima del límite de las nieves perpetuas, modera o elimina el clima de los trópicos.

América es, a más de esto, un continente aislado. La comunicación más corta con Europa está en el Círculo Polar Ártico y, en efecto, la ruta marítima más septentrional llevó a los vikingos, favorecidos por los vientos y las corrientes, de Europa a la península de El Labrador, pasando por Islandia y Groenlandia. Pero no era ése un derrotero apropiado para establecer un contacto entre el Viejo y el Nuevo Mundo. En el extremo noroeste, junto al estrecho de Bering, se tocan América y Asia. En tiempos de la última glaciación, hace aproximadamente veinticinco mil años, el descenso del nivel del mar hizo surgir una conexión firme entre ambos continentes, y fue a través de este istmo por donde llegaron los primeros hombres a América. Se realizaron reiteradas migraciones que se prolongaron durante períodos enteros, y más tarde, pasando por las Aleutianas, llegaron refuerzos por el mar. Es de señalar nuevamente, que los vientos predominantes favorecían el viaje desde las costas asiáticas hacia América del Norte, pero obstaculizaban el camino inverso por alta mar. Se supone que los polinesios llegaron a América en sus embarcaciones, a través del Pacífico, y que se asentaron allí, mas los habitantes de las costas peruanas no alcanzaron, contra lo que afirmaba la tesis de Thor Heyerdahl,

hoy desestimada, las islas polinésicas. Los aborígenes de América no pudieron establecer por sí mismos un contacto con las culturas euroasiáticas. Su aislamiento casi absoluto perjudicó y dificultó el desarrollo de las grandes culturas americanas².

En lo esencial, los indios pertenecen a una raza cáucaso-mongoloide. A menudo aparecen rasgos del tipo humano europeo. Los españoles observaron que en muchas comarcas a los indígenas, por el aspecto de su cara y su piel blanca, podía tomárseles por europeos. Comprobaron con asombro que en los trópicos americanos no vivían negros. Este apartamiento respecto del tipo de población negroide seguramente facilitó el cruzamiento de indios y blancos. Los indios de ningún modo constituyen un tipo racial uniforme. La heterogeneidad de las oleadas migratorias, y también el aislamiento de la población en un espacio amplísimo y carente de caminos, explican las diferencias que en el aspecto exterior presentan los aborígenes americanos. La impresión de diversidad se robustece aun por la dispersión cultural y lingüística de la América precolombina. Se ha verificado la existencia de 133 familias lingüísticas independientes en América, que comprenden cientos de idiomas especiales y dialectos.

La mayor parte de las civilizaciones que se desarrollaron en ese continente se mantuvieron separadas entre sí; su relación e intercambio recíprocos fueron escasos. Su desunión se explica también por la hostilidad, muy notoria, de los indios contra las innovaciones. En algunas regiones se produjo el ascenso de grandes culturas, mientras que en comarcas apartadas los hombres vivían en el salvajismo más primitivo. Por la época de los descubrimientos europeos no existía ni un hombre indígena, ni una cultura india general.

La América precolombina, empero, no era un mundo aparte, que viviera en una paz idílica. «Los descubridores y colonizadores europeos tropezaron en todas partes con contradicciones, rivalidades y luchas entre tribus o pueblos cuyas condiciones de vida y nivel de cultura eran diferentes»³. La guerra constituía la ocupación fundamental de muchas tribus aborígenes y los conflictos se dirimían de la manera más cruel, en ocasiones hasta el exterminio de una tribu enemiga. Los grandes imperios de la América primitiva se fundaron a partir de conquistas guerreras y mantuvieron su cohesión por medio del poder brutal.

En la época de los descubrimientos, la economía de los indios de América se hallaba en diversos estadios de desarrollo. En extensos territorios la población vivía aún en la etapa de la recolección, la caza y la pesca. Como animales domésticos sacrificables los indios prácticamente sólo conocían el pavo, el pato, la cobaya y una raza de perros. En diversas comarcas, la caza

y la pesca proporcionaban una dieta de albúminas, pero el uso de la carne no estaba generalizado. La carencia proteínica se compensaba añadiendo a la dieta insectos, ranas, serpientes y animales similares. Como también faltaba el trigo, para los conquistadores e inmigrantes europeos la alimentación en América significó un considerable cambio ⁴.

En diversas regiones se desarrolló la agricultura. En las altiplanicies de las cordilleras se cultivaba fundamentalmente el maíz, mientras que en las islas del Caribe y las cuencas del Orinoco, el Amazonas y el Río de la Plata, el cultivo de la mandioca, un tubérculo, suministraba el alimento más importante. Se trata de una agricultura que exige menos tiempo y fuerza de trabajo que el cultivo del trigo. Se calcula que los cultivadores de maíz sólo necesitaban emplear de sesenta a setenta días al año para asegurarse el sustento. Eran «civilizaciones del ocio». Las grandes culturas indígenas se han desarrollado sobre la base de los cultivos del suelo. La agricultura se hizo más compleja. Aumentó considerablemente el número de las plantas cultivadas, y el regadío y el abono de los campos acrecentaron la producción agraria. Además de los asentamientos aldeanos, surgieron ciudades compuestas unas de viviendas y otras de templos. Se ha establecido una relación entre el desarrollo de la cultura urbana en América y la introducción de los sistemas de regadío con vistas a una agricultura más intensiva. Las actividades artesanales cobraron gran impulso. Cerámicas primorosas y espléndidos tejidos fueron la obra de sobresalientes y habilísimos artífices. Con oro, plata y cobre se labraron alhajas, pero las armas y las herramientas, por lo general, se fabricaron con piedra o madera. En algunos puntos hizo su aparición el uso del bronce ⁵. No llegó a conocerse el laboreo del hierro. En lo tocante a la técnica, por lo general los indios estaban aún en la Edad de Piedra. Los mercados exponían una plétora de bienes de consumo y artículos de lujo. El comercio con regiones distantes distribuía los productos en un ámbito dilatado.

A los diversos niveles culturales ajustábase la estructura de la organización estatal y social. Entre los recolectores, cazadores y pescadores primitivos aún no existía organización estatal alguna y la comunidad no excedía de los límites del agrupamiento familiar. En otros casos las familias ya se habían unido en asociaciones tribales, y un adelanto ulterior se producía al agruparse diversas tribus en confederaciones estables. Al frente de las comunidades indias, grandes o pequeñas, se hallaban caciques. Por norma general, en la época de los descubrimientos hispano-portugueses el cargo de cacique se había vuelto hereditario. No obstante, los caciques de las tribus también podían

ser elegidos y depuestos por la asamblea del pueblo. Junto a esas ligas soberanas, fundadas en comunidades gentilicias, se formaron, empero, verdaderos Estados, que reclamaban el dominio sobre un territorio y lo imponían por la violencia y por medios administrativos. Finalmente, merced a la expansión militar, se originaron los dos grandes imperios de los aztecas y los incas. En su condición de jefes militares supremos, los soberanos de esos imperios adquirieron facultades de mando absoluta y gobernaron despóticamente.

En las unidades políticas mayores la igualdad de todos los integrantes de una familia o de una tribu dejó lugar a la subdivisión de la sociedad en clases. Las conquistas militares y la estratificación por encima de poblaciones sometidas favorecieron la génesis de un ordenamiento jerárquico en capas sociales. Una aristocracia guerrera se constituyó sobre los campesinos, artesanos y mercaderes libres. La diferenciación social era particularmente pronunciada en los imperios azteca e inca. Por debajo de los hombres libres del pueblo se encontraban los esclavos, adquiridos como prisioneros de guerra o por robo o compra, o que caían en esa condición como castigo por diversos delitos. Entre los hombres libres y los esclavos había además siervos, personalmente libres pero sujetos a prestaciones de servicios.

El mundo de las religiones era particularmente diverso entre las diferentes tribus y pueblos de América. En los pueblos primitivos se registraba principalmente la creencia en un ser supremo y la adoración a dioses astrales; las deidades eran representadas por medio de ídolos. A los fundadores de la tribu se les rendía, asimismo, un culto divino. La vida religiosa de los pueblos primitivos estaba regida, ante todo, por la creencia en demonios y espíritus. Se atribuían poderes mágicos a diversas especies animales. En el punto central de la vida religiosa se hallaban los curanderos o shamanes, que caían en trance para ponerse en contacto con el mundo sobrenatural.

Las religiones de las grandes culturas presentaban una profusa multitud de divinidades⁶. Se aceptaba, en el culto, a los dioses de los pueblos sometidos. Para determinados anhelos humanos, se concebían cada vez más figuras divinas. Los españoles, de fe cristiana, sintieron una extrema repugnancia por esa impronta politeísta particularmente intensa y concibieron como un compromiso ineludible la erradicación de esa creencia en múltiples dioses. Estas religiones les resultaron absolutamente repulsivas cuando supieron de la existencia de sacrificios humanos, los cuales alcanzaron horribles proporciones entre los aztecas y fueron practicados también en el imperio de los incas.

La dispersión de las poblaciones indígenas sobre un continente vasto y accidentado, el desconocimiento del carro y de los

animales de tiro, que hubieran sido necesarios para establecer comunicaciones terrestres, así como la inexistencia de tráfico ultramarino, dificultaron en sumo grado la nivelación de las culturas americanas. Para la colonización española y portuguesa resultó decisivo que los europeos no encontraran frente a ellos una América política y culturalmente unitaria u homogénea.

Sólo muy paulatinamente, en el curso de sus descubrimientos y conquistas, los españoles y lusitanos se hicieron conscientes de las múltiples diferencias en el desarrollo político, económico y cultural de América. Su toma de posesión y colonización de los territorios de ultramar se efectuó como un constante experimentar en un mundo para ellos realmente «nuevo». No sólo se trataba de reunir observaciones y experiencias, sino de comprobar su exactitud en un contorno permanentemente mudable. Algunos ejemplos revelan cómo las concepciones de los descubridores y conquistadores en torno a los pueblos y culturas americanos se ampliaron y transformaron y cómo, por otra parte, se modificó la actitud de los aborígenes frente a la irrupción europea que los arrancó de su aislamiento⁷.

El primer contacto de los españoles con indígenas americanos se produjo en las islas del Mar Caribe. Aquéllos encontraron en las Grandes Antillas a los taínos, que pertenecían a la familia de los aruacos o arahuacos y que, a partir de la tierra firme sudamericana, habían tomado posesión de las Antillas. Ya antes del descubrimiento europeo los taínos habían sido desalojados de las Antillas Menores por los canibas, que los españoles denominaron caribes o caníbales. La complexión física y los rasgos faciales de los taínos impresionaron agradablemente a los europeos. Colón los describió como hombres de buena figura, agraciados, y comprobó con asombro que carecían de pelo crespo y de piel negra. Eran de cutis bastante claro y serían, según afirmó, casi tan blancos como la gente en España si anduviesen vestidos y no expusieran sus cuerpos al sol y al aire⁸. No encontró monstruos deformes, cuya existencia en esas comarcas muchos presumían.

Colón observó ya diferencias esenciales entre los integrantes de uno y otro grupo. Según su opinión, los taínos constituían un tipo humano pacífico. Celebró la mansedumbre y el comportamiento cortés de estos aborígenes. Los taínos vivían en el estadio de una cultura primitiva de plantadores, pero ya mostraban rudimentos de desarrollo de una gran cultura. El cultivo del algodón les proporcionaba la materia prima para la confección de tejidos; elaboraban adornos de oro y esculpían en piedra y madera. Se acercaban sin recelo a los forasteros que, según creían aquéllos, habían descendido de los cielos, e intercambiaron gustosamente sus pertenencias por cualesquiera

baratijas. Colón afirmaba «que no puede creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar, y tan temerosos»⁹, y parecía haber encontrado en esos indígenas a los «nobles salvajes». Les escribió a los Reyes Católicos: «Son gente de amor y sin cudicia... En el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo, mansa, y siempre con risa»¹⁰.

A los caribes, por el contrario, se les conocía como pueblo guerrero y cruel. Emprendían correrías por las islas habitadas por los taínos, daban muerte a los hombres y raptaban a las mujeres. Los taínos vivían en permanente temor de las incursiones de los caribes, y por ello pudieron ver en los blancos sus protectores. Describían a sus enemigos caribes como seres con cara y dentadura de perro y los caracterizaron como antropófagos. El canibalismo real o meramente presunto de los llamados caribes, cuyas áreas de asentamiento no eran bien conocidas, habría de justificar luego el que la legislación española permitiera atacar a los habitantes de esas islas y tomarlos como esclavos. Los caribes, que se contaban entre los hombres más corpulentos y fuertes de la raza amerindia, se mostraron como enemigos acérrimos de la conquista europea.

Frente a los invasores europeos, ni taínos ni caribes pudieron presentar un poder político, ya que su organización estatal apenas había ido más allá de las comunidades aldeanas y de pequeños principados. Las rebeliones posteriores de tal o cual cacique fueron brutalmente aplastadas por los españoles¹¹.

Por experiencias similares pasaron los españoles cuando entraron en contacto con los aborígenes de la costa venezolana. También aquí establecieron una diferencia entre los indios salvajes y belicosos, que eran caribes y habitaban en la zona ribereña entre Paria y Borburata, y los indios pacíficos y amistosos de las cordilleras costeras, entre los cuales se hallaban los caiquetíos, quienes habían alcanzado un nivel cultural superior. También los portugueses, en sus desembarcos en las costas brasileñas, tropezaron con poblaciones primitivas que vivían en el nivel cultural del Neolítico. Los indígenas que poblaban el este de Brasil vivían de la caza y de la pesca y no conocían ni el arte de tejer y la alfarería, ni el labor de metales. Los hombres eran primordialmente cazadores, mientras que las mujeres recolectaban plantas y habían iniciado la transición hacia una agricultura primitiva. Su atavío consistía en pintarse el cuerpo y pegarse plumas. El canibalismo y la caza de cabezas eran costumbres de amplia difusión. Las tribus aborígenes más conocidas del Brasil oriental y el Mato Grosso son los tupíes, los botocudos y los bororoés. Los indios se

alimentaban fundamentalmente con el tubérculo de la mandioca. Pedro Vaz de Caminha, cronista de la expedición de Cabral y presente en el primer desembarco de éste en Brasil, escribía sorprendido: «E com isto andam tais e tão rijos e tão nédios que o não somos nos tanto, com quanto trigo e legumes comemos.» Y consignaba con admiración no menor: «Eles não têm coisa que de ferro seja, e cortam sua madeira e paus com pedras feitas como cunhas, medidas em um pau entre duas talas, mui bem atadas e por tal maneira que andam fortes» * 12.

Colón consideraba a los aborígenes por él descubiertos como población salvaje de la costa y esperaba encontrar sobre la tierra firme asiática, de la que creía estar cerca, pueblos más civilizados. Cuando en su cuarto viaje desembarcó sin saberlo en el continente centroamericano, en el cabo de Honduras, y encontró entre los aborígenes testimonios de una mayor destreza artesanal, vio en ello una prueba de que el reino del Gran Khan no estaba lejos. En realidad había entrado en contacto con tribus mayas. En la región ocupada por los mayas, los españoles comenzaron a trabar conocimiento con una gran cultura americana. En 1517 los miembros de la expedición de Fernández de Córdoba desembarcaron en las costas de Yucatán. Los mayas de esos lugares agasajaron hospitalariamente a los forasteros, pero al día siguiente los forzaron, tras sangrientos combates, a refugiarse en sus naves. Sobre la tierra firme americana, a los europeos les había hecho frente un poder organizado.

La región de la cultura maya comprendía a Guatemala, parte de Chiapas y Tabasco que la limitan por el oeste, así como Yucatán y Honduras. Desde el siglo ix la península de Yucatán se había transformado en el principal territorio donde se asentaban los mayas. El imperio maya de la «Liga Mayapán» se había disuelto a mediados del siglo xv en una serie de principados-ciudades. Esta decadencia política de la dominación maya facilitó a los españoles la conquista de Yucatán, que, seguida de la conquista de México por Hernán Cortés, se prolongó de 1527 a 1546 como consecuencia de la encarnizada resistencia de los mayas. En las montañas guatemaltecas los españoles tropezaron también con diversos estados tribales independientes.

Mientras que los aborígenes antillanos vivían en asentamientos aldeanos, en el continente se había llegado al estadio de

* «Y sin embargo, andan tal cual, y más fuertes y bien alimentados de lo que andamos nosotros, pese al trigo y las legumbres que comemos... Nada tienen que sea de hierro, y cortan su madera y sus palos con piedras hechas como cuñas, medidas en un palo entre dos tablillas, muy bien atadas y de tal modo que quedan firmes.» (N. del trad.)

las culturas urbanas. Los asombrados españoles descubrieron en Yucatán ciudades populosas con casas de piedra, grandes templos y calles empedradas. Los antiguos lugares sagrados de los mayas se habían transformado en ciudades residenciales y capitales fortificadas. En la América precolombina la ciudad habíase convertido en un factor decisivo para la formación de grandes culturas. El cultivo excedentario de plantas alimenticias, y en particular del maíz, permitió que la población urbana se dedicara a los diversos oficios artesanales, al comercio y otras ocupaciones no productivas de alimentos. De tal suerte, en la época de su descubrimiento por los europeos, en las ciudades mayas existía una sociedad diferenciada, ordenada jerárquicamente, cuyo estrato superior lo constituían una nobleza hereditaria y el clero y cuyo estrato inferior estaba representado por los esclavos, que habían perdido la libertad y se habían vuelto enajenables por ser prisioneros de guerra o delincuentes. No obstante, en esta cultura urbana no se conocía aún el uso del metal. Las herramientas y armas se hacían de piedra y madera. Las ciudades de la cultura maya eran centros de un amplio comercio exterior.

Los mayas desarrollaron una notable cultura intelectual y por eso se les llama «los griegos de América». Poseían una escritura ideográfica, pero la mayor parte de los jeroglíficos no ha sido interpretada, ni descifrado su vínculo con un contexto ideológico. Escribían los números hasta 19 en forma de puntos y rayas, y para cantidades mayores utilizaban el cero y la superposición de los signos, con arreglo al sistema vigesimal. Esta aritmética y sus observaciones astronómicas sin ayuda de instrumentos especiales les sirvieron a los mayas para la fijación de su calendario y para la cronología. Sus sacerdotes calcularon que el año astronómico tenía 365,2420 días, y por tanto estaban más cerca del cómputo actual de 365,2422 días que el calendario gregoriano con sus 365,2425 días. Las dotes artísticas de los mayas se revelan singularmente en el relieve en piedra y en la escultura, así como en la cerámica ornamentada y esmaltada. La religión de los mayas incluía una muchedumbre de divinidades principales y secundarias, cuyo favor y asistencia se procuraban asegurar por medio de preces, mortificaciones y danzas, pero también mediante la consumación de sacrificios humanos. Los sacerdotes, merced al arte de la adivinación, por ellos practicado, habían adquirido una gran influencia sobre la vida de los hombres¹³.

También se había alcanzado un alto nivel cultural en el imperio azteca, conquistado en los años 1519-1521 por los españoles acaudillados por Hernán Cortés. El auge de los aztecas como gran potencia aún no alcanzaba, por aquel entonces, a un

siglo. Tan sólo bajo su jefe Itzcoatl (1428-1446) los aztecas, cuya capital era Tenochtitlán-México, se habían liberado del yugo de los tepanecas y fundado con las vecinas ciudades-estados de Texcoco y Tlacopán una triple alianza. Bajo Moctezuma I (1440-1469) los aztecas lograron la primacía en esa liga de ciudades y extendieron su dominación desde las costas del Pacífico hasta las del Atlántico. Los jefes siguientes prosiguieron las conquistas, y bajo Moctezuma II, que gobernó desde 1502, la zona de influencia política de los aztecas alcanzó en el sur hasta los territorios de los mayas, mientras que hacia el norte sólo se sometieron partes del actual Michoacán. En el momento de la invasión española el gran reino azteca se componía de 38 provincias-ciudades que, aunque sujetas al pago de tributos, conservaban su autonomía administrativa.

Este imperio, sin embargo, no era una formación estatal unitaria. Diversas ciudades-estados, como por ejemplo Tlaxcala, conservaban todavía bajo la jurisdicción azteca su independencia política. Por añadidura, la hegemonía de los aztecas aún no había suprimido totalmente la estructura federal del imperio. La expansión bélica de México se encontraba tan sólo en vías de erigir un sistema de dominación estructurado firmemente. La institucionalización del poder dominante, empero, estaba en pleno desarrollo. La administración estatal se hallaba ya centralizada y ampliamente burocratizada. La organización en tribus, de las cuales en 1521 existían más de setecientas, casi había desaparecido por completo. El principio territorial se había impuesto al orden gentilicio.

También la sociedad azteca estaba subdividida en clases. El estamento noble se componía de miembros pertenecientes a la vieja aristocracia tribal y de los nuevos nobles, que se habían ganado su ascenso por méritos especiales, ante todo en el campo de batalla. También los sacerdotes y los altos funcionarios obtuvieron los privilegios de la nobleza. No obstante, se apreciaba una tendencia hacia la formación de una clase noble hereditaria, cerrada en sí misma. Los nobles poseían numerosos privilegios. Se les daba la preferencia en la adjudicación de cargos públicos; no pagaban tributo alguno, podían poseer predios, rívidamente; estaban sujetos a sus propios tribunales, les estaba reservado el uso de determinadas prendas de vestir y aderezos y sus hijos se educaban en escuelas especiales de los templos. También los mercaderes que se dedicaban al comercio exterior de mercancías de lujo, y que en sus viajes comerciales servían como espías al soberano de México, ocupaban una posición privilegiada en la sociedad mexicana. Otro estrato social era el de los artesanos, que se hallaban liberados de la actividad agrícola; para el desempeño de sus oficios requerían cierto adies-

tramiento y conocimiento especializado y trabajaban esencialmente para las necesidades superfluas de la capa dominante. La ocupación artesanal se transmitía por herencia, de padre a hijo.

El pueblo común, que cultivaba la tierra, recibía de las comunidades o *calpullis* predios asignados a cada familia. Estos no eran propiedad privada enajenable, sino que recaían de nuevo en la comunidad, caso de que la familia se extinguiera. Se obtenía nueva tierra cultivable mediante la colonización de regiones conquistadas y la construcción de *chinampas*, o sea de jardines flotantes que consistían en almadías cubiertas de limo y amarradas en el lago de México. Junto a estos campesinos, que además practicaban el comercio local y ejecutaban trabajos artesanales sencillos, había arrendatarios que cultivaban propiedad privada ajena contra pago de un arriendo, y trabajadores rurales, los *mayerques*, que labraban las tierras de los nobles, estaban ligados a la gleba y eran transferidos con los bienes inmuebles a los herederos. Por último, también la esclavitud se hallaba difundida en el México precolombino. Se podía llegar a ser esclavo por secuestro o cautiverio de guerra, o hundirse en esa clase servil como castigo por diversos delitos o como deudor moroso, pero también el padre podía vender a su hijo como esclavo. Con todo, entre los aztecas los esclavos no estaban despojados de todo derecho. Podían tener propiedades personales y sin su consentimiento o sin motivo fundado sus poseedores no podían venderlos ni tampoco matarlos. Los hijos de los esclavos eran libres. En especial, se ocupaba a los esclavos como cargadores y en los trabajos domésticos.

La diferenciación de la estructura social guardaba estrecha relación con los cambios económicos. La productividad del fértil suelo mexicano era elevada. Incluso con el método más primitivo para el cultivo del maíz, el sistema de *milpas* —desmonte por el fuego antes de roturar la tierra—, se obtenían altos rendimientos. Se ha calculado que con este sistema una familia de cinco personas que labrara un campo de cuatro a cinco hectáreas en ciento noventa días produciría más del doble de lo que necesitaba para procurarse el sustento. Aun así, se había pasado entonces a una agricultura más intensiva. Se cultivaban concienzudamente las tierras ribereñas, periódicamente inundadas, ya que el cieno dejado por los ríos garantizaba grandes cosechas. Surgió además una extensa red de obras de regadío, que, a su vez, sólo una organización estatal desarrollada pudo crear. La producción agrícola excedente permitió liberar a muchos hombres para que se dedicaran a las actividades artesanales y se asentaran en las ciudades. También en el imperio azteca casi todos los instrumentos se hacían de madera o de piedra; sólo los cinceles de los artesanos eran de cobre. Con

los metales preciosos se hacían aderezos. Los exquisitos trabajos de plumas, ornamentados con piedras preciosas, son muestra de una técnica especial. En ciertos dominios, la cerámica creó productos de gran valía.

La arquitectura urbana se caracteriza por los suntuosos palacios de los nobles, construidos de una sola planta y sin ventanas, con las habitaciones agrupadas en torno a un patio interior. Parques espléndidos rodeaban los palacios. Las viviendas de la gente común estaban construidas de adobe cocido. Los edificios más imponentes eran las majestuosas pirámides. La principal de éstas, en la ciudad de México, tenía 100×80 metros en su base y una altura de 30 metros. Otras construcciones características son las canchas de pelota. El arte del relieve en piedra y la escultura también se habían desarrollado en el México precolombino. Diversos frescos conservados dan testimonio de la pintura azteca.

La religión azteca contaba, asimismo, con personas divinas en profusión. Los sacrificios humanos ofrecidos a las deidades alcanzaron entre los aztecas proporciones aterradoras; en la consagración del principal templo de la ciudad de México, en efecto, según los cálculos más conservadores, en cuatro días se inmoló a 20.000 hombres, escindiéndoles el corazón. El horror y la repugnancia ante esta atroz costumbre de ofrecer al dios, como alimento, el corazón sangrante de un hombre y hasta de un niño, ahondaron enormemente el abismo y la animadversión entre españoles y mexicanos. La mitología de los aztecas hubo de ejercer una influencia decisiva en el destino de México. El espíritu de lucha que animaba al belicoso pueblo azteca frente a los intrusos europeos, fue lentamente minado por sus creencias religiosas. Los aztecas consideraban que su mundo estaba amenazado por el infortunio y condenado a la ruina. Los ánimos estaban conturbados por la angustia que suscitaba el profetizado retorno del rey y sacerdote Quetzalcoatl, quien debía aparecer por Oriente y poner término a la supremacía de los dioses sanguinarios. Moctezuma creyó que los españoles eran los anunciados nuevos señores, venidos del este, a quienes debía cederles el poder.

La situación interior del imperio azteca explica que los españoles lo pudieran someter con la asistencia de tribus mexicanas. Los totonacas, de la región de Veracruz, que padecían bajo la arbitrariedad de los recaudadores aztecas, saludaron a los soldados de Hernán Cortés como a liberadores. Los habitantes de la ciudad-estado de Tlaxcala dieron pruebas de ser los más fieles y valerosos aliados de los conquistadores españoles y recibieron por ello, bajo la dominación hispánica, exenciones y fueros especiales, respecto a la restante población aborígen. También

las tribus de los indios otomíes recibieron amistosamente a los españoles y les abastecieron de víveres. La heroica lucha final sostenida por los habitantes de la capital mexicana no pudo conjurar el destino de la dominación extranjera¹⁴.

Grandes culturas se desarrollaron también en la zona andina septentrional, en la región de las tres cadenas montañosas de Colombia. Era aquella la tierra originaria de los chibchas, que se extendieron hacia el sur hasta el centro de Ecuador y por el norte más allá del istmo de Panamá, hasta Nicaragua. En tiempos del descubrimiento descollaban como regiones culturalmente desarrolladas el valle del Cauca y la meseta de Bogotá. Se habían formado y consolidado allí una organización estatal y una jerarquía de estamentos. Los jefes (caciques), en su condición de caudillos militares supremos, se habían convertido en déspotas que parecían gozar de poderes sobrenaturales, eran trasladados en parihuelas y hamacas y se rodeaban de una profusa corte. Mientras que en el valle del Cauca no se pasó de los señoríos tribales, los chibchas de la meseta de Bogotá, los muiscas, lograron crear formaciones estatales mayores, aun cuando no habían llegado todavía a la fundación de un estado unitario. Cuando los españoles penetraron en la altiplanicie andina, luchaban entre sí, por la supremacía, los príncipes más poderosos: el «zaque» de Tunja y el «cipa» de Bogotá. Los chibchas vivían en asentamientos aldeanos. No habían alcanzado aún el nivel de la fundación de ciudades y la edificación de casas de piedra. La economía se basaba en la agricultura, en la que existía propiedad privada de la tierra. Las tribus del valle del Cauca habían demostrado una relevante destreza en la elaboración de aderezos de oro. Los orfebres realizaban figuras humanas de gran tamaño, máscaras, yelmos, prendedores, pectorales y otros objetos, que hoy se conservan ante todo en el Museo del Banco Nacional de Colombia. Ante esos hallazgos de oro, los conquistadores españoles creyeron estar cerca de El Dorado, esto es, el país del hombre de oro. En determinadas épocas el cacique de Guatavita, siguiendo una usanza del culto, se hacía ungir todo el cuerpo y luego espolvorear con oro, tras lo cual se bañaba en la laguna sagrada; de esta suerte ofrendaba el metal a la diosa que según ellos moraba en la laguna. Los muiscas se destacaron en el arte del tejido e hicieron cobertores y telas, con dibujos de colores, que encontraron una vasta aceptación como mercancías.

Los chibchas del valle del Cauca, aunque no los muiscas, eran caníbales, pues se alimentaban con carne humana. Estaba generalizada la práctica de sacrificar hombres a los dioses, y se prefería como víctimas a los niños. Todas las tribus practicaban el uso de preparar trofeos con las cabezas de los enemigos muertos

en combate y capturados. La vida intelectual se hallaba en un nivel primitivo. Los chibchas desconocían la escritura¹⁵.

El imperio más poderoso de la época precolombina era el de los incas, el «imperio de los cuatro puntos cardinales», que no conocía límites. La palabra inca originariamente era sólo el título del soberano y la denominación del linaje real, pero no de un pueblo determinado. Un caudillo de la ciudad-estado de Cuzco, en el altiplano andino, se había atribuido ese nombre. Los habitantes de ese estado montañoso pertenecían a los indios quechuas. La expansión bélica de los incas comenzó en la primera mitad del siglo xv, cuando tribus aimaraes rivales, vecinas de los señores de Cuzco, pidieron socorros y apoyo. El imperio inca se incorporó los pequeños estados de los aimaraes. En rápidas conquistas los incas extendieron su dominación sobre la región andina y se abrieron paso hasta el centro de Ecuador. Túpac Yupanqui (1471-1493) sometió a la Bolivia actual y realizó campañas hasta Chile y el noroeste argentino. Poderosos estados como el imperio de Chimor, que se extendía en la costa desde Tumbes hasta las inmediaciones de Lima, el de Cuzimancu en los valles del Chancay, Ancón y el Rímac y el imperio de Chíncha, fueron anexionados por los incas. Huaina Cápac (1493-1527) sofocó algunas rebeliones en las provincias recién conquistadas y llevó adelante las invasiones hasta más allá del norte de Quito. El dominio de los incas abarcaba a la sazón desde el río Ancasmayu, al sur de Colombia, hasta el Maule en Chile. Se realizaron asimismo expediciones bélicas cuyo objetivo eran las tierras bajas al este de los Andes, pero éstas nunca fueron sometidas. Los indios del altiplano despreciaban a las míseras y primitivas tribus que allí habitaban. A la muerte del inca Huaina Cápac siguió una pugna por la sucesión entre Huáscar, el hijo primogénito, que había sentado su real en Cuzco, y Atahualpa, el vástago predilecto, residente en Quito. Finalmente, después de la batalla de Cuzco, Atahualpa hizo prisionero a su hermano. En estos tiempos de guerra civil en el imperio inca, los españoles, bajo Francisco Pizarro, emprendieron la conquista del Perú y depusieron al inca que se gloriaba de no conocer a ningún soberano más poderoso que él. Tras el asesinato de Atahualpa (1533) se desmoronó el poder de los incas. En 1539 los españoles tenían el país bajo su control. Con todo, los miembros de la dinastía incaica prosiguieron aún la resistencia contra los conquistadores extranjeros. En la remota provincia limítrofe de Vilcabamba, el inca Manco Cápac II organizó un reino oculto y procuró, mediante la revuelta de 1565, recuperar su imperio y restaurar la vieja religión. Pero la resistencia se desintegró al ocupar Vilcabamba los españoles, en 1572. Los descendientes del linaje incaico se emparentaron con la nobleza

española y se esforzaron por alcanzar de la corona española privilegios y recompensas. La masa pasiva de quienes habían sido súbditos de los incas no estaba en condiciones de rechazar el destino que se le había impuesto. Sólo a partir de la segunda mitad del siglo XVII surgieron nuevamente movimientos que procuraban restablecer el régimen de los incas.

Amalgamar y mantener unido un imperio que se extendía por comarcas tan dilatadas y de tal grandiosidad natural presupone una capacidad organizativa fuera de lo común. El acicate más poderoso de esa voluntad de poder radica en la conciencia de la misión divina del inca. En el ceremonial cortesano se expresa la condición de hombre-dios del inca. Ser titular de la autoridad suprema requería del soberano una inmensa capacidad personal de trabajo. Una *élite* idónea y ávida de distinciones, formada merced a la educación metódica de una juventud escogida, secundaba al inca. Sus miembros fueron denominados *orejones* por los españoles, puesto que tenían la prerrogativa de usar grandes aros en las orejas. La autoridad administrativa suprema estaba constituida por un consejo de la corona, integrado por cuatro altos funcionarios. Los caciques de las aldeas y las tribus, los *curacas* —que estaban bajo un severo control y que periódicamente debían presentarse en la capital, Cuzco—, velaban por el cumplimiento de la voluntad del soberano en las provincias. Sagazmente, en los reinos sometidos los incas dejaron subsistir las viejas instituciones.

Mediante una planificación racional, en este extenso imperio se procuraba modelar unitariamente, y desde el punto de vista del bien común, la totalidad de la vida. Con vistas a un aprovechamiento eficaz de todas las energías en el servicio militar y las prestaciones de trabajo, se dividió a los súbditos conforme al sistema decimal. La unidad menor consistía en diez jefes de familia y a los hombres de veinticinco a cincuenta años se les agrupaba en centurias. Mediante cordones anudados, los *quipus*, se inventariaba estadísticamente todo lo digno de saberse que hubiera ocurrido en los distritos del imperio y se informaba a los organismos centrales. «El servicio estadístico imperial tenía, gracias a los *quipus*, el destino del imperio en sus manos. Sólo le era menester impartir sus órdenes para que cada uno supiera exactamente qué tenía que entregar, qué recibir, qué cosa enviar y cuál almacenar» (Louis Baudin). Una red viaria, de construcción excelente, posibilitaba eficazmente los desplazamientos de tropas, el servicio de noticias y el transporte de mercancías. Estas vías estaban trazadas, dentro de lo posible, en línea recta y salvaban las elevaciones mediante escalinatas, explicable por el hecho de que en el Perú precolombino no había ni carros ni caballos. Tal sistema de caminos constituía

una realización técnica y organizativa de la cual la Europa de entonces no era capaz. Sarmiento de Gamboa escribió que el emperador Carlos V, con todo su poder, no podría construir un camino real tan magnífico como el que llevaba de Cuzco a Quito o de Cuzco a Chile¹⁶.

Para mantener firmemente unidos sus dominios, los incas pugnarón por difundir un idioma uniforme en todo el imperio.

Un poder estatal totalitario se combinaba con un ordenamiento económico socialista. La tierra pertenecía a las comunas aldeanas (*ayllus*), que asignaban a las diversas familias, según el número de sus componentes, una superficie cultivable en usufructo. Cada familia podía disponer libremente de su cosecha y procurarse el sustento, el cual, prescindiendo de las condiciones climáticas, dependía de la laboriosidad personal. La existencia de los ancianos y enfermos la aseguraba la comuna cultivando para ellos los predios correspondientes. Bosques y pasturas estaban a disposición de todos los miembros de la comunidad. La casa y el patio eran propiedad de la familia. Para mantener a los sacerdotes y los lugares del culto se destinaba una superficie cultivable especial, que trabajaban, mediante prestaciones de servicios, los integrantes de la comuna. Toda la tierra restante pertenecía al inca, y la labranza de esa propiedad real constituía asimismo una obligación de cada familia campesina. Los excedentes de las cosechas se almacenaban en graneros del Estado y se disponía de ellos en los tiempos difíciles. El Estado incaico era una «formación pronunciadamente domanial» (Max Weber).

Numerosos indios se separaban de sus *ayllus*, puesto que el inca los convocaba para ciertas prestaciones de servicios. Muchos se alistaban por tiempo indeterminado en el ejército, otros eran reclutados para la construcción de caminos y demás trabajos públicos o se les requería para los múltiples servicios en la corte. También había que realizar trabajos forzados en las minas, donde las cuadrillas de obreros se relevaban en un sistema de turnos prefijado (*mita*). Según sus aptitudes, se asignaban a las personas diversas actividades artesanales, en las cuales debían trabajar con arreglo a instrucciones especiales. Los bienes producidos se debían entregar a los depósitos estatales. Por orden del inca, se podía desplazar a familias o comunidades aldeanas a otras comarcas. Estas colonizaciones tenían como finalidad la colonización de tierras hasta entonces yermas y el afianzamiento militar de las provincias recién conquistadas. Para la planificación del gobierno y su puesta en práctica se requería una numerosa burocracia. Se ha calculado que por cada 10.000 habitantes había 1.330 funcionarios públicos. Según su criterio, el inca establecía los objetivos precisos para alcanzar

el bienestar público, y clasificaba a todos sus súbditos con vistas a la utilización provechosa de los mismos. El hombre-masa indio soportaba con resignación fatalista el sino que para él establecía la divinidad del soberano. Los indios conservaron también esa misma pasividad frente a los conquistadores españoles que tomaron posesión del imperio incaico.

La cultura del imperio de los incas se fundaba en los logros alcanzados por las viejas culturas urbanas de la faja costera del Perú. Una agricultura intensiva merced al cultivo en terrazas, regadío mediante acequias a veces de más de 100 kilómetros de largo y la utilización de abonos, ante todo del guano, había posibilitado en aquella región el asentamiento de una población numerosa. En líneas generales, la técnica seguía siendo la de la Edad de Piedra, aunque ya se utilizaban el cobre y el bronce para la construcción de herramientas y armas. Para labrar el oro y la plata se recurría a complicados procedimientos. No se conocía el empleo del hierro. Los tejidos peruanos eran de extraordinaria diversidad. Una singular destreza se había desarrollado en la confección de abanicos y vestimentas de plumas. Las aptitudes artísticas de estos indios salen a nuestro encuentro particularmente en una variadísima cerámica de los más diferentes estilos. Entre los edificios descuellan los templos piramidales. Aunque sabemos, por los españoles, que la historia de los incas estaba representada en imágenes, nada ha llegado hasta nosotros de una escritura pictográfica peruana anterior a la conquista. Se conjetura que los quipus, que se empleaban como sistema numérico con fines estadísticos, registraban también acontecimientos históricos.

Como los incas adoptaban las deidades de las tribus sometidas, su religión presentaba una miríada de dioses. Objeto de especial adoración era el dios del Sol, y el inca se denominaba a sí mismo «hijo del Sol». Por ende la fiesta solar en Cuzco, en el templo del Sol, era la principal solemnidad religiosa. A los dioses también se les sacrificaba seres humanos, en particular niños y doncellas, pero esta práctica era relativamente infrecuente. Se recurría a los adivinos para interpretar cualquier fenómeno extraño. Presagios sobrenaturales sobrecogieron al inca Huaina Cápac, tal como a Moctezuma II, cuando le llegaron las primeras nuevas del arribo de los españoles¹⁷.

En Chile la dominación de los incas sólo había llegado hasta el río Maule, y los españoles sometieron rápidamente a los indios chilenos de esa región. Por el contrario, los araucanos en las comarcas al sur del Maule siguieron siendo cazadores y recolectores nómadas y salvajes. Precisamente el desnivel inmensamente grande entre estos indios y los conquistadores blancos

fue la causa de que los araucanos ofrecieran una resistencia enconada y secular a los españoles¹⁸.

Como norma general, los aborígenes en las zonas de clima frío o moderado no salieron del estadio cultural más primitivo y fueron exterminados o absorbidos por los invasores europeos. Los indios nómadas de la pampa en la región platense no habían desarrollado ni siquiera una agricultura rudimentaria, y resistieron todos los intentos de hacerlos sedentarios y encuadrarlos en un modo de vida civilizado. Sus ataques contra los asentamientos españoles hicieron necesaria la protección militar de la frontera de la colonia y dieron lugar a que las autoridades emprendieran expediciones a consecuencia de las cuales se exterminó totalmente a los indios. Las tribus indígenas que habitaban el Uruguay, y en particular los belicosos charrúas, ofrecieron una tenaz resistencia a los colonizadores, hasta que finalmente, en 1835, los últimos restos de esa población fueron exterminados. Empero, allí donde los indios, como los guaraníes, emparentados con los tupíes, practicaban la agricultura y habían demostrado apreciable destreza en el arte de tejer, la alfarería y la talla en madera, se pudo llegar a una asimilación racial y cultural entre los aborígenes y los europeos. En los territorios selváticos, por el contrario, donde la colonización europea no penetró, los indios pudieron conservar prácticamente intactos su idiosincrasia y su antiguo modo de vida¹⁹.

El carácter de las regiones naturales y el dispar desarrollo cultural de la América precolombina, condicionado por el primero, repercutieron decisivamente en el curso de la colonización española y portuguesa del Nuevo Mundo.

